

## *La perdiz en la literatura, el folklore y el arte: a propósito de una charla sobre Brunetto Latini*

Ángel GÓMEZ MORENO  
Universidad Complutense de Madrid

Nuestro compañero Ángel Chiclana era un gran apasionado de Dante, como demostró en su investigación y en su docencia, pues la *Commedia* mereció incluso alguno de los cursos monográficos de doctorado que impartió en la Universidad Complutense. Por ello, de la mano del vate llegó inevitablemente a su maestro, el sabio Brunetto Latini (ca. 1220-1294), a quien Dante, sin ocultar su sorpresa, encuentra consumiéndose en el fuego eterno, por culpa del pecado nefando, junto a otros sodomitas (*Inferno*, XV, 21 y ss.): «Siete voi qui, ser Brunetto?» (*ibid.*, v. 30). Sobre Brunetto y su enciclopedia, el exitoso *Livres dou Trésor* o simplemente *Trésor*, hablamos en un sinfín de ocasiones por la época en que ambos coincidíamos en el incalificable Edificio C, que paradójicamente sirvió de marco a charlas que sólo cabe tildar de muy amenas. En consonancia con este recuerdo, he dejado de lado posibles contribuciones de asunto luctuoso (una endecha inédita recogida en una *probatio calami* de un manuscrito de El Escorial o bien un poema cuatrocentista desconocido sobre las añagazas del mundo preservado en la Fundación Lázaro-Galdiano de Madrid) y he seleccionado otra claramente placentera, que podría parecer un punto rebuscada y, sin embargo, ha captado la atención de un número considerable de medievalistas. Me refiero a la perdiz común o roja (*alectoris rufa*), que cuenta con un corpus bibliográfico nada despreciable.

El punto de partida de la mayoría de estas indagaciones ornitológicas está en una doble alusión a la caza de la perdiz en *La Celestina*: la primera pertenece al acto viii, en que Sempronio dice a Calisto: «no puedes ver de encandelado, como perdiz con la calderuela»; la segunda está en el acto xi y son palabras de Pármeno: «el falso boyzuelo con su blando cencerrar trae las

perdizes a la red». La primera en atender a este motivo fue Dorothy S. Severin, «'El falso boezuelo', or the Partridge and the Pantomime Ox», *Celestinesca*, 4 (1980), pp. 31-33; justo al mismo tiempo, apareció el trabajo de José Fradejas Lebrero, «Una nota a Juan de Mena», *Castilla*, 1 (1980), pp. 19-22, donde estudia la copla 57 del *Laberinto de Fortuna*, con un motivo que logra documentar en *El Scholástico* de Cristóbal de Villalón, el *Tesoro* de Covarrubias, el *Arte de caça de altaneria* de D. Fernández Ferreira, escritor portugués del siglo XVII, para llegar a un famoso pasaje de *La venganza de don Mendo* de Pedro Muñoz Seca. Sobre la caza de otros animales (liebres y ciervos) con este sistema, versa otro artículo de este mismo investigador, «Tres notas a Miguel Delibes», *Castilla*, 2-3 (1981), pp. 23-29; de nuevo vuelve sobre este uso cinagético en «Tres notas a la *Celestina*», *Celestinesca*, 17 (1993), pp. 47-56, complemento a una respuesta de Nicasio Salvador Miguel a otro artículo de Michael Gerli; aquí, interesa la segunda de tales notas, titulada «Cazar aves con lumbre», en la que aduce a Juan de Aviñón y su *Sevillana medicina* (compuesta en 1419); a Luis Zapata en su *Carlo famoso* (1566), que alude a idéntica práctica, esta vez destinada a cazar sisonos. Todavía del mismo Fradejas es «Cazar aves con lumbre (Más antiguo aún)», *Celestinesca*, 18 (1994), pp. 75-78, donde este estudioso se remonta a la *Historia natural* de Plinio y luego sigue a sus traductores, particularmente al español Francisco Hernández en el siglo XVI.

En varios momentos de esos artículos, Fradejas recuerda el *bue zoppo* de Petrarca, con antecedentes que llevan al gran Arnaut Daniel. A pesar de este más que rico puñado de referencias, aún es posible añadir algún dato nuevo de enorme interés por cuanto pone de manifiesto la fortuna artística y, particularmente, literaria de tan modesta ave. Para el rastreo de este material, tan útil como la bibliografía previa y mi memoria, capaces de sumar hasta dos tercios de las referencias, ha resultado un cd-rom en el que he dejado muchos cientos de horas de trabajo; se trata del corpus textual editado por Francisco Marcos Marín, Charles Faulhaber, Ángel Gómez Moreno y Antonio Cortijo con el título *Archivo Digital de Manuscritos y Textos Españoles* (ADMYTE), disco 2, Madrid: Micronet, 1999. Esta herramienta electrónica me permite, por ejemplo, aducir una nueva ficha del falso buey de perdices, procedente de la anónima *Abreviación del halconero* (ms. 434 de la Biblioteca de la Universidad de Valladolid, fol. 9v): «Subió hasta lo alto de la torre y vio al alcaýde andar a caça de perdizes con bueyes». Una segunda alusión a esta técnica cinagética nos la brinda Juan de Mena en las *Coplas contra los pecados mortales* (copla 57) que mi mujer, Teresa Jiménez Cal-

vente, y yo mismo editamos hace tiempo con el resto de la obra de dicho autor (Madrid: Biblioteca Castro-Turner, 1994):

E aunque con la catadura  
mansa tú me contradizes,  
de falso buey de perdizes  
has poquita figura.

Por fin, una tercera referencia la dejo por su extensión y por la riqueza de los datos que ofrece para un apéndice final, aunque a cuantos hayan llegado hasta aquí les convenga revisarla justo en este instante, pues ilumina muchas de las alusiones que iré desgranando. El pasaje a que me refiero pertenece al enciclopédico *Liber de proprietatibus rerum*, compilado hacia 1240 por el franciscano Bartolomé de Glanville o Bartolomé el Inglés. La obra gozó de traducción a las principales lenguas de cultura desde comienzos del siglo XIV como vemos en el primero de sus romanceamientos: el que llevó a cabo en lengua italiana Vivaldo Belcazer, en 1309; entre esas traducciones, destaca la castellana cuatrocentista, preparada por el franciscano Vicente de Burgos y difundida en manuscritos y, sobre todo, en incunables (para los no avisados, será preciso recordar que la información sobre tales fuentes primarias la ofrecemos Charles Faulhaber, Ángel Gómez Moreno, Ángela Moll y Antonio Cortijo, eds., en *Bibliografía Española de Textos Antiguos* (BETA), incorporada al cd-rom *Philobiblon*, Berkeley: The Bancroft Library, University of California, 1999). Pero vayamos, aunque sólo sea por un instante, a unos orígenes mucho más remotos, cuya consideración es de todo punto obligada para llegar hasta donde pretendemos.

La presencia de la perdiz en el arte y la literatura occidentales puede rastrearse desde la antigüedad greco-latina, como recordarán quienes se hayan interesado por las culturas mediterráneas del pasado. Sin necesidad de salir de España, con sólo acercarse a nuestro Museo Nacional de Arqueología, la encontramos reproducida en un magnífico mosaico hispano-romano procedente de la localidad leonesa de Quintana del Marco (véase la reproducción adjunta), que se halla expuesto en lugar principal. Por otra parte, Ovidio, al prolongar la leyenda de Ícaro, ofreció la de Perdix, en *Metamorfosis* VIII, 5, con lo que la perdiz adquiría de ese modo una verdadera ejecutoria de hidalguía literaria; no obstante, esos versos apenas nos ofrecen datos ornitológicos, científicos o legendarios, ya que sólo se alude a su característico vuelo bajo. Información de esa índole sólo se encuentra en la gran enciclopedia del mundo clásico, la *Historia natural* de Plinio (siglo I), que atiende a la



perdiz entre las aves de su libro X. Ahora bien, no se detiene Plinio en ella tanto como sería de desear, si bien es cierto que por vez primera la caracteriza como ave lujuriosa, particularmente el macho, dispuesto a romper los huevos del nido para que la hembra entre en celo. En la Edad Media, ese carácter rijoso o lascivo, se le aplicará también a la hembra, como se desprende de un sinnúmero de testimonios de los que entresacaré varios.

De todas las obras que nos hablan de la perdiz, la principal, por la fama de quien la escribió y por su extraordinaria difusión (el número de manuscritos en que se conserva pasa de los setenta) es el *Trésor* de Brunetto Latini, tal como indicaba atrás; no obstante, y a decir verdad, Bartolomé el Inglés se adelantó unas tres décadas con una ficha que resulta incluso más rica en datos, pues llega a añadir hasta un par de recetas médicas. Latini escribió su enciclopedia en francés, aunque pronto fue vertida a diversas lenguas de cultura, entre ellas el italiano materno, gracias a la labor de su paisano y contemporáneo Bono Giamboni. Unos veinte años después de su redacción, el *Trésor* fue traducido al castellano, con el título de *Libro del Tesoro*, por un médico e intelectual de la corte de Sancho IV llamado Alonso de Paredes (además, se conserva otra versión aragonesa anónima, titulada *Trasoro*, de la que hay un único manuscrito en la Catedral de Gerona). El texto correspondiente al bestiario (editado por Spurgeon Baldwin en *The Medieval Castilian Bestiary*, Exeter: University, 1982, y junto al resto del *Libro del Tesoro* en Madison: Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1989) es delicioso y entremezcla los datos derivados de la observación y la experiencia con otros lisa y llanamente fantásticos. Aquí se dice, por ejemplo, que, debido a su buena carne, es pieza codiciada por todos los cazadores; también se explica el hecho de que un nido reúna huevos de varias hembras por su tendencia natural a hurtárselos unas a otras (su lujuria y el robo de huevos son motivos que tampoco se le escapan a Alfonso de la Torre en su *Visión delectable*, obra redactada en torno a 1440: «Vido en las aves unas muy malenconiosas, como las perdizes, que también son luxuriosas e ladronas», al final del capítulo titulado «Recapitulación de lo que vido el Entendimiento en casa de la Natura»). En fin, las alusiones más curiosas son las que revelan la concupiscencia de esta ave.

Ciertamente, el hecho de que los machos luchan entre sí por las hembras no sorprende, pues son muchos los animales que hacen otro tanto; lo que sí llama la atención, y poderosamente, es que lleguen a olvidar «la conoçençia de la natura, en tal manera que se allegan los maslos e olvidan las fembras». Si los machos, animados por la lujuria, mantienen a veces relaciones homosexuales (este dato, presente ya en el *Liber de proprietatibus rerum*, reaparece en el *Universal vocabulario de latín en romance* de Alfonso de Palencia, impreso en 1490, donde se lee: «es ave engañosa e luxuriosa tanto que macho cavalga sobre otro macho»), la hembra resulta tan caliente por naturaleza que ni siquiera precisa que la monten para quedar empuñada: «e dizen muchos que, quando la fenbra camia su natura, concibe de la parte onde viene el viento onde es el maslo». Basta, nos dice Latini, con que corra el aire desde donde se encuentra el macho hacia la hembra.

No tengo tiempo para extenderme sobre este punto. Sólo recordaré que la lírica tradicional está plagada de vientos masculinos que persiguen con vehemencia a las jóvenes y que incluso llegan a levantarles la falda con toda la picardía que imaginarse quepa. Esa tradición del viento macho (el cálido favonio), capaz de dejar empuñadas a las yeguas andaluzas, la conocieron don Luis de Góngora y otros grandes poetas de los Siglos de Oro por haber leído las *Geórgicas* de Virgilio. Por supuesto, fue del folklore de donde Federico García Lorca tomó ese viento, «galán de torres», que coge a la niña por la cintura en «Arbolé, arbolé» de *Libro de poemas*; a ese mismo venero acudió en «Preciosa y el aire», bellísima pieza de su *Romancero gitano* (sagaz como siempre, nada de esto se le escapa a Miguel García-Posada en su ya canónica edición del *Primer Romancero Gitano* [Madrid: Castalia, 1988], p. 110). Lorca describe abiertamente la lascivia del viento e incluso apela a una clara alusión fálica:

— Niña, deja que levante  
tu vestido para verte.  
Abre en mis dedos antiguos  
la rosa azul de tu vientre.

Preciosa tira el pandero  
y corre sin detenerse.  
El viento-hombrón la persigue  
con una espada caliente.

Decía, y por ello aquí me paro, que no hay ocasión de perseguir con detalle este motivo asociado al ciclo reproductivo de la perdiz, aunque sorprende lo mucho que da de sí. Básteme ahora recordar que su concupiscencia era conocida por todos en otros tiempos; en cambio, en nuestra época, éste es un dato que se nos escapa y que precisa de aclaración, de comentario o de nota. Informados como estamos, no nos ha costado nada entender la carga erótica de un poemita popular recogido por Juan de Timoneda en 1561 (dado a conocer a estudiantes y estudiosos en la antología *Lírica española de tipo tradicional* y en el gran *Corpus* de Margit Frenk):

De las frutas, la manzana;  
de las aves, la perdiz;  
de los colores, la grana;  
de las damas, la Beatriz.

En esta enumeración (que tantas veces nos ha recordado Alan Deyermond en sus queridas disertaciones sobre los bestiarios medievales), *Beatriz* es nombre escogido por rimar con *perdiz*, ave de presencia obligada por sus connotaciones eróticas; idéntico valor tienen la *manzana* (primera entre las diversas frutas asociadas con el sexo) o el *granate* (pues el color rojo intenso es el propio de la pasión amorosa, como indica la cultura popular de ayer y de hoy y como podríamos ver en incontables testimonios literarios).

Tras conocer todos estos testimonios, se ilumina cierta composición de una de las contadas poetisas medievales de nombre conocido: Florencia Pinar. De esta escritora de la época de los Reyes Católicos, de la que nada sabemos, hay un poema en el *Cancionero general* de 1511 con la rúbrica siguiente: «Otra canción de la misma señora a unas perdices que le embiaron bivas». En este caso, no trasladaré el poemilla sino que lo resumiré: la poetisa se lamenta al ver unas perdices enjauladas, pues la tristeza de su cautiverio le recuerda su propia pasión amorosa insatisfecha. Por lo dicho hasta aquí, queda claro que doña Florencia no era nada cándida, ni su amor ideal, casto y puro: si algo se revela en el poema, es el deseo carnal de quien lo escribió (de las páginas escritas sobre este asunto en fecha reciente, basta recordar, en la dirección que apunto, las de Keith Whinnom en *La poesía amorosa de la época de los Reyes Católicos* [Durham: University, 1981], pp. 30-33; Alan Deyermond, «Spain's First Women Writers», en Beth Miller, ed., *Women in Hispanic Literature: Icons and Fallen Idols* [Berkeley: University of California Press, 1983], pp. 27-52; y Joseph Snow, «The Spanish Love Poet, Florencia Pinar», en Katharina M. Wilson, ed., *Medieval Women Writers* [Athens: University of Georgia Press, 1984], pp. 320-332).

Nuestros antepasados, al oír este poema, habrían caído rápidamente en la cuenta, pues para ellos la perdiz ocupaba el lugar que hoy le corresponde a la gallina cuando se dice «ser más puta que una gallina». De hecho, en la legislación medieval que afecta a la prostitución, como la emanada de las Cortes de Madrigal de 1476, se habla del «derecho de perdices», que era el tributo que las meretrices habían de pagar a las ciudades y a la corona para desempeñar su oficio (la primera en servirse de esta referencia en mi ámbito de trabajo ha sido María Eugenia Lacarra, «El fenómeno de la prostitución y sus conexiones con 'La Celestina'», en R. Beltrán, J. L. Canet y J. L. Sirera, eds., *Historias y ficciones: Coloquio sobre la literatura del siglo XV* [Valencia: Universitat de València, 1992], pp. 267-278 [271]). El talante riñoso de la perdiz seguirá siendo uno de los rasgos distintivos principales en los libros de ornitología anteriores al siglo XVIII, como en la *Primera parte de la Historia Natural de las aves* del licenciado Francisco Marcuello, pu-

blicada en Zaragoza en 1617, donde aún leemos que «son tan libidinosas que sólo con el olor de los machos traído por el aire se hazen preñadas» (p. 130) y que «pelean los machos entre sí, y el vencedor usa del vencido como de la hembra» (p. 131), entre otras tantas referencias de lo más jugoso.

De llevar a cabo rebuscas semejantes en material de época posterior, no dejará de sorprendernos el hecho de que en Colombia con 'perdiz' se aluda al órgano genital femenino y, en ocasiones, hasta al masculino (así se recoge en Luis Flórez, *Léxico del cuerpo humano en Colombia* [Bogotá: Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo XXVII, 1969], pp. 68 y 76, ficha que debo a José Manuel Pedrosa). Por supuesto, no es nada raro que el amante aparezca como perdigón, como veremos enseguida en cierta composición recogida en Álora y se comprueba igualmente en la tradición portuguesa en una magnífico ejemplo traído por Francisco Rico en «Un penacho de penas. De algunas invenciones y letras de caballeros», en la versión remozada recogida en *Texto y contextos. Estudios sobre la poesía española del siglo XV* (Barcelona: Crítica, 1990):

Perdigão, que o pensamento  
subiu em alto lugar,  
perde a pena do voar,  
ganha a pena do tormento.  
Não tem no ar nem no vento  
asas com que se sustenha:  
não há mal que lhe não venha.

¿Es lícito proponer alguna asociación de tal orden en el nombre de guerra de ese juglar-trovador occitano que floreció hacia 1200 y a quien llamaban *Perdigon*? El nombre en el Mediodía francés tuvo, muy probablemente, connotaciones similares a las documentadas en la Península, aunque nada señale al respecto la vieja edición de Henry J. Chaytor, *Les Chansons de Perdigon*, París: Nizet, 1926, ni los trabajos posteriores de Ramón Menéndez Pidal, Martín de Riquer o Carlos Alvar (pues mantuvo relaciones con Alfonso VIII de Castilla); en todo caso, conviene recordar que cabe postular una raigambre semejante para otros motes juglarescos, como el de Pistoleta, estudiado por don Ramón Menéndez Pidal y por mí mismo (en mi trabajo «Proyección de la cultura oral sobre la vida en el Medioevo. La transmisión oral del saber: juglares, épica y teatro», en José María Jover Zamora, ed., *Historia de España Menéndez Pidal, 16: La época del gótico en la cultura española* [Madrid: Espasa-Calpe, 1994], pp. 829-860).



En otros casos, la perdiz (y sería posible ampliar las referencias a la gallina, la clueca, la polla, etc.) es, en general, la mujer, como señala bien Louise O. Vasvari en «Peregrinaciones por topografías pornográficas en el *Libro de buen amor*», en José Manuel Lucía Megías, ed., *Actas del Sexto Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval (Alcalá de Henares, septiembre de 1995)* (Alcalá de Henares: Universidad, 1997), pp. 1563-1572 [1568]. En este mismo sentido, se manifiesta un poema folklórico levantino (que, como los dos que siguen, me han sido apuntados por José Manuel Pedrosa) recogido en los años treinta por Adolf Salvà i Ballester, *De la marina i nuntanya (Folklore)*, ed. de Rafael Alemany (Alicante: Diputació Provincial-Ajuntament de Callosa d'En Sarria, 1988), p. 180:

Eres perdiueta, olè,  
que piques i voles, olè;  
eres mès guapeta  
que totes les xiques.

Eres perdiueta, olè,  
que voles i piques, olè;  
eres mes guapeta  
que totes les xiques.

Connotaciones semejantes posee otro poemita recogido por Manuel Garrido Palacios en «Sobre el amor en Álora II», *Revista de Folklore*, 133 (1992), pp. 34-36 [34]:

Debajo de tu ventana  
hizo una perdiz un nío,  
y yo como perdigón  
a tu reclamo he venío.

La equivalencia *perdiz = mujer* no falta tampoco fuera de la Península, en un ámbito que sospecho abarca el conjunto del Mediterráneo, trátese de la perdiz roja, la perdiz pardilla o la perdiz griega, entre otras subespecies. El mejor ejemplo de que es así nos lo brinda Tassadit Yacine Titouh en *L'Izli ou l'amour chanté en kabyle* (París: Éditions de la Maison des Sciences de l'Homme, 1988), pp. 158-159, con una canción rifeña que traducida del árabe suena como sigue (y préstese atención también a otros motivos, como la orilla del mar o del río, propicia para el encuentro y el recuerdo amoroso, o un rocío cargado de connotaciones eróticas desde al menos el *Pervigilium*

Veneris, donde es nada menos que la propia Venus quien lo siembra en los prados):

Al borde del agua,  
temo la ola  
e invoco tu nombre cuando ella pasa.

Perdiz nacida en el rocío,  
no tienes igual:  
eres la más bella de todas las mujeres.

Sólo una cosa deseo de ti  
y creo haberla conseguido:  
tu pecho digno de canto.

Nuevos vínculos refuerzan esa dimensión crótica a que me refiero, pues la tradición y los tratados cinegéticos ponen de relieve que, de todas las aves de presa, al azor le corresponde la caza de la perdiz (igual que el enemigo de la gallina es por tradición el milano). Esta ave cetrera, que representa la masculinidad, cuenta con una poderosa simbología que alcanza hasta el último rincón del arte medieval, en forma plástica o literaria, ya se trate de obras cultas o de composiciones surgidas del venero tradicional. Por no abrumar con citas, me limitaré a aducir aquí la procedente del *Libro de la caza de las aves* del Canciller Ayala (cito por el ms. de la British Library, Add. 16392, fol. 71): «E en España, como los han pocas vezes açores assý escogidos, precianlos mucho e guardanlos e non toman con ellos salvo perdiz e garça comunalmente»; no obstante, más jugosa resulta la del susodicho Bartolomé el Inglés, cuyo texto he recogido en apéndice. En fin, la asociación del azor con la perdiz era tan común en otros tiempos que permitía comparaciones como esta del *Libro de Alexandre* (estr. 791):

Mucha ave de gentes,	más de las que él diz,
mas todos son gallinas	e de flaca raíz.
Tant' osarién alçar	contra nos la cerviz
quanto contra açor	podrié fer la perdiz.

La perdiz presenta, no obstante, una imagen muy distinta (más ingenua o, mejor dicho, menos marcada) en otras obras literarias del pasado. De todos los autores que se ocuparon de esta ave, el principal fue el Infante don Juan Manuel en su famoso libro *El Conde Lucanor*. Gran amante y teórico

de la caza, al igual que su tío el rey Alfonso X o su sobrino Alfonso XI, don Juan Manuel introdujo la perdiz en su más célebre cuento, ambientado en la ciudad de Toledo: «De lo que sucedió a un deán de Santiago con don Illán, el gran maestro de Toledo». En este relato, se trata el problema de la ingratitud del deán, que el nigromante pone de manifiesto gracias a sus poderes, aplicados mientras su criada cocina unas perdices. Todavía don Juan Manuel nos regalará con otro cuento titulado «De lo que sucedió a un hombre que tomaba perdices», donde una perdiz ingenua dice que el cazador que las está matando llora porque se apiada de ellas, cuando lo cierto es que se le caen las lágrimas porque el viento le molesta en los ojos. De gran interés es también la alusión en el interior de los *Castigos y documentos* de Sancho IV, en el pasaje en que se discute si es legítimo divertirse con ejemplos extraños de autoridades diversas y vidas de santos; en esas alusiones, San Juan aparece *trobejando* precisamente con una perdiz, lo que fuerza a que el santo se justifique ante un discípulo asombrado por el hecho.

Demos, por fin, un formidable salto hasta nuestra literatura áurea para llegar a la *Arcadia* (1598) de Lope de Vega, en que Polifemo ofrece un rico bodegón en clave poética a la ninfa Galatea. El cíclope, tras obsequiarla con flores y piedras preciosas, pretende agasajar a su amada ninfa con una diversidad de animales, entre los que la perdiz ocupa el primer lugar (recuerda el dato Rafael Osuna, «Bestiarios poéticos en el barroco español», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 207 [1967], pp. 1-9):

Perdices te ofrecería  
vivas en la misma percha,  
con el pico y los pies rojos  
que estampan en el arca.

La técnica del bodegón pictórico (vale aquí, como en pocos casos, el *Ut pictura poesis* en la peculiar exégesis que de este pasaje horaciano hicieron el Renacimiento y el Barroco) y el gusto por los motivos ornitológicos en la cerámica española y europea justificarán la presencia continua de la perdiz sobre tales soportes.

Mucho más famosas que éstas son las perdices que Sancho ve, con no poca hambre, en la Ínsula Barataria de la *Segunda parte del Quijote* (1615). Aquí, es un médico enojoso, el doctor Pedro Recio, quien le prohíbe comer tan suculento plato al grito de: *Omnis saturatio mala, perdices autem pessima*; que traduce: «Toda hartazgo es mala, pero la de las perdices, malísima». Por fin, la perdiz es sólo un adorado sueño frente a la realidad del triste na-

bo en el celeberrimo capítulo tercero del *Buscón* de Quevedo, allí donde Cabra dice: «¿Nabo hay? No hay perdiz para mí que se le iguale. Coman, que me huelgo de verlos comer». De todos modos, incluso el simple hecho del consumo de perdices nos lleva por unos derroteros que caen entre lo erótico y lo escatológico, como vemos en una nueva ficha aportada por José Manuel Pedrosa, la correspondiente a Antonio Vallejo Cisneros en *Música y tradiciones populares* (Ciudad Real: Diputación, 1988), p. 169:

Ya te he dicho, morena,  
que no comas perdiz,  
que te va a hacer el cuerpo  
tripitrí, tripitrí,  
tripitrí, tripitrí,  
tripitrí, tripitró,  
ya te he dicho, morena,  
que no comas pichón.

Los tratados de medicina al uso en el Medievo y Renacimiento inciden en los beneficios que resultan de consumir las plumas, los huesos y los huevos, quemados y molidos por lo general, aunque también a modo de sahumero, por simple inhalación de su humo: de todos esos ingredientes, la pluma fue usada comúnmente tanto en veterinaria (tres veces la encuentro citada en el *Libro de albeitería* de Manuel Díez de Calatayud) como en la medicina más o menos oficial (de hecho, localizo el «humo de pluma de perdiz» hasta en el peculiar laboratorio de Celestina). No obstante, poco hay que nos sirva para la ocasión en los testimonios que conozco, aunque al menos contamos con un dato que vale su peso en oro en el *Recetario* de Gilberto (ms. 3063 de la Biblioteca de Palacio de Madrid); aquí, al final del capítulo xlii, se indica, precisamente, que su consumo provoca una suerte de poderoso furor uterino: «que si dieres huevos de perdiz a comer a la muger, que por fuerça, aunque non sea rrequerida por el onbre, ella abrá de rrequerir al varón que non se podrá sofrir». En fin, en 1617 la *Historia natural* de Francisco Marcuello, citada atrás, afirma que la cáscara del huevo de la perdiz hecha polvo conserva los pechos de las mujeres tiesos y duros, «y si los estregan con los huebos de la perdiz, no se inclinarán fácilmente, y sorbiéndolos las dispone para concebir y aumentar la leche, como lo escribe Plinio» (p. 132). Como vemos, este testimonio tampoco tiene desperdicio. Por fin, sólo de refilón me permitiré recordar los vínculos que, para los antropólogos, hermanan sexo y comida al vincular feromonas y aromas tan intensos como el de la vieja conseja: «La perdiz, en la nariz».

En otras ocasiones, la ingesta de esta succulenta ave tiene fundamentalmente un valor poético, aunque nunca logre desprenderse de asociaciones eróticas, suaves o marcadas; al respecto, y como ejemplo de connotaciones sexuales del primer tenor, vale la pena recordar una canción acumulativa recogida por el tantas veces aludido José Manuel Pedrosa, aunque esta vez en un artículo suyo («'The Twelve Meals': A Sephardic Passover Song and its Spanish and European Counterparts», *Jewish Folklore and Ethnology Review*, 15 [1993], pp. 70-73, con una versión francesa en la que aparece la *pertriolle*) a un pastor en Navalosa (Ávila), que comienza:

La primera noche  
se comió la novia  
una perdiz muy linda.

Y siguen dos tórtolas, tres palomitas blancas y otros productos que se rematan, en hipérbole paródica que actúa ahora sobre nuevos resortes poéticos, con el consumo de doce fanegas de trigo. Con estos testimonios y otros semejantes, germánicos y escandinavos, se percibe el carácter paneuropeo de estas canciones cumulativas en que la perdiz no falta, como en el más célebre de los villancicos en lengua inglesa, *In the first day of Christmas*. Al respecto, tal vez alguien ose decir, de no conocer otros testimonios meridionales o septentrionales, que ello no es de extrañar en un pueblo de ornitólogos como el británico; no obstante, la explicación se intuye más compleja. De hecho, el clásico latino y el enciclopedista medieval con los que abría este trabajo justificarían por sí solos la presencia generalizada de este motivo en diversas culturas europeas; sus raíces, sin embargo, son mucho más profundas y ramificadas, por lo que su estudio sólo es posible con un enfoque multidisciplinar semejante al usado a lo largo de estas páginas y por medio de pesquisas que no han de limitarse a la literatura peninsular so pena de quedarnos ayunos.

## APÉNDICE

Bartolomé el Inglés, *Libro de las propiedades de las cosas*.

*De la perdiz e de su propiedades (capítulo xxxj).* La perdiz es assí de su mesma voz llamada segund dize Isidoro, e es ave suçia e luxuriosa, en tanto que el macho conosce el macho como dize el mesmo Dotor. La perdiz roba los huevos a su compañera, pero no le vale nada este engaño, ca quando los perdigones oyen la voz de la propia madre ellos vienen a ella e dexan la que los ha sacado porque conoscen no ser por buen derecho suyos. En este dicho se acuerdan Sant Isidoro e Sant Ambrosio. La perdiz no ha tanta pena en poner como han las otras aves, segund dize Aristóteles. La perdiz vola alrededor de sus perdigones quando vey que alguno los caça, e quando conosce que ellos son ya idos ella vola tras ellos e los llama e la conocen; e assí como la perdiz es nacida sigue su madre e busca su vianda. La perdiz ha pocas plumas e mucha carne e a esta causa vola muy poco, e volando no sube muy alto, mas presto deçiende a tierra. La perdiz teme mucho el açor, e fuy quando lo vey, tanto que él estando en el aire ella no se levanta de tierra. E tómanlas algunas vezes con un cencerro, ca a el son ellas se vienen e entran dentro del lazo. La fiel perdiz con otro tanto de miel por peso esclarece la vista; e deve ser semejante mediçina guardada en buena triaquera de plata, segund conseja Plinio en el vj capítulo de los xix libros de su obra. La fiel e los huevos de la perdiz, con tanto de miel cobiertos, valen a las aberturas e besigas, segund dize Plinio en el mesmo capítulo.

\* \* \*

*POST SCRIPTUM:* Una invitación cursada por el profesor Vitalino Valcárcel para dar una conferencia sobre Andrés Laguna en la Universidad del País Vasco me permitió entrar en contacto con varios colegas del ámbito de la Filología Latina y la Filología Griega; entre los pertenecientes a esta última área, tuve la suerte de conocer a la generosa y entusiasta profesora María José García, una especialista en Ate-neo (*floruit ca. 200*) que me sorprendió con un magnífico pasaje de *Deipnosophistai* (literalmente, *Los versados en el arte del banquete*), obra que recoge algunas de las leyendas que acabo de presentar, procedentes de una rica variedad de fuentes eruditas y populares.